

Somos Vicencianos

Una web de formación e información sobre san Vicente de Paúl, santa Luisa de Marillac y la obra vicenciana en el mundo, ayer, hoy y mañana.

4º Domingo de Pascua (reflexión de Rosalino Dizon Reyes)

Seremos semejantes a él (1 Jn 3, 2)



No hay salvación aparte del nombre de Jesús. Él nos salva, dando su vida por nosotros. Su nombre es sinónimo de sencillez, humildad, mansedumbre, mortificación y celo.

El Buen Pastor conoce a sus ovejas y las realmente suyas lo conocen. Jesús se revela, y a él se le conoce, como varón de sencillez, de motivos puros.

No procura su provecho, ascenso o gloria, y denuncia a los que buscan reverencias y honores en las plazas, las sinagogas y los banquetes, y utilizan largos rezos para aprovecharse de las viudas. Y como hace lo que predica, se anonada y toma la condición de esclavo.

De ahí queda bien claro que Jesús es limpio de corazón. No busca sus intereses. En él no hay falsedad. Su sencillez conlleva, además, la humildad. Y, ¿quién practica mejor la mortificación que el que [muere por la verdad](#) y [«se entrena para la muerte»](#), la hora para la cual ha venido?

Y, ¿hay celo más consumidor que el del que pasa haciendo el bien? El celo le impulsa a a comer con los pecadores, tocar a un leproso, pedir de beber a una samaritana, dejar a una prostituta conocida besarle los pies y ungírselos. Él es el dueño incansable que

deja las noventa y nueve ovejas en el campo para ir tras la descarriada. Se desvive para que haya un solo rebaño, un solo Pastor. No es naturalmente un maestro arrogante que diga al discípulo disidente: «Si cuestionas mis doctrinas, dispón de plena libertad para irte».

El celo de Jesús es más admirable aún, porque él, manso como cordero llevado al matadero, entrega su cuerpo y derrama su sangre por los pecadores. Se indigna de nuestras rebeldías, pero su cólera dura un instante y su bondad y su mansedumbre, de por vida. Si el airado rehúsa alegrarse y celebrar, el bondadoso y manso, en cambio, festeja con regocijo al muerto que revive.

Quienes conocen realmente a Jesús, «el autor» de las susodichas cinco virtudes misioneras, se caracterizan también por ellas. Evangelizan de palabra y de obra, cuidando a los pobres, remediando sus necesidades espirituales y temporales, asistiéndoles de todas las maneras y haciendo que otros les asistan asimismo (EsXI:393).

Señor Jesús, concédenos conocerte y asemejarnos a ti.

Relacionado